

CHILE Y SUS VECINOS LATINOAMERICANOS

Mario Weissbluth
Noviembre 2003
La Tercera

Las repúblicas independientes de Las Condes y Vitacura, nuestros escaparates de modernidad, se parecen más a Ginebra que a Bogotá, y por ahí nos confundimos y perdemos la perspectiva.

El gas boliviano, Chávez, Lucchetti, los históricos roces fronterizos con Argentina, nos recuerdan de vez en cuando que tenemos una complicada convivencia con nuestros vecinos. Hace un par de décadas estuvimos al borde de una guerra con Argentina, un video de la época mostraba el entrenamiento de militares argentinos, gritando “haga patria, mate un chileno”. Imagínese lo que hubiera pasado. Demencial.

Dado que debo viajar unas 10 veces al año por esta región, y dado que viví 14 años en México (mi segunda patria) creo que puedo aportar algunas sugerencias útiles para mis conciudadanos. En primer lugar: nos creemos más de lo que somos, y lo presumimos. Como esos candidatos a nuevos ricos pero que todavía no la hacen. Ostentan el auto nuevo pero con la ropita remendada. Por un lado, efectivamente, tenemos los mejores índices de la región en riesgo país, tasa de crecimiento, mortalidad infantil, internet, etc. Por el otro, a pesar de nuestro sostenido crecimiento todavía hay países con mejor ingreso *per capita*, como Costa Rica.

Nuestra inmoral distribución del ingreso es la penúltima después del triste record de Brasil en esta materia. Jamaica y Uruguay están a años luz de Chile en equidad. Las estadísticas de calidad educativa de UNESCO nos dejan en la mitad del montón, lejos detrás de Cuba. En tecnología y calidad industrial, Brasil nos gana por lejos. En el Índice de Desarrollo Humano del PNUD andamos en el mismo barrio con Trinidad y Tobago, Costa Rica, Uruguay, México y Cuba. Según Latinobarómetro, a un 52% de los chilenos “no le importaría un gobierno no democrático”... exactamente el promedio de América Latina. Un 13% de los chilenos confía en los partidos políticos, comparado con 11% en la región.

Qué horror, diría la señora siútica y arribista, parece que nos parecemos más a los vecinos pobretones que a mis amigos del barrio alto. Lo que pasa es que las repúblicas independientes de Las Condes y Vitacura, nuestros escaparates de modernidad, se parecen más a Ginebra que a Bogotá, y por ahí nos confundimos y perdemos la perspectiva.

Por cierto, también tenemos de qué presumir, y allí también hay parte de la explicación. Por alguna misteriosa razón sociocultural, hemos sido “los muchachitos serios del barrio”. Como el alumno “nerd” que hace todas las tareas ... odioso para los demás. Por ejemplo, hemos aprendido a palos a ir respetando la convivencia democrática, sólo amenazada por algunos parlamentarios mediáticos viviendo su reality show de la semana. También hemos aprendido a golpes que hay que mantener los equilibrios económicos, que los experimentos populistas siempre terminan dejando a los pobres más pobres y a los ricos más ricos. Los pasos recientes que hemos dado en materia de reforma del estado, pioneros en América Latina, salieron a fuerza de Gate y unas coimas medio rasca, pero salieron. Lo más sorprendente, que algún historiador debiera explicarnos, es qué hemos hecho para estar bendecidos por una notable ausencia de corrupción, y por una suerte de seriedad intrínseca en nuestro acercamiento al trabajo y a los negocios. Somos menos “despelotados” y más cumplidores de las reglas y los compromisos que la mayoría de nuestros vecinos, y eso me toca vivirlo a diario.

¿En qué otro país los ambulantes andan vendiendo leyes y reglamentos? Sospecho que estos rasgos de seriedad han hecho más por nuestro crecimiento económico que las políticas tributarias A, B o C, o que la reforma laboral X, Y o Z.

Chile todavía tiene severos ribetes racistas, xenofóbicos y clasistas, heredados de una arcaica aristocracia rentista. Felizmente, ya comenzaron a pasar los tiempos en que nuestros yuppies se andaban paseando por los aeropuertos con una actitud de despectiva prepotencia. Las conversaciones que me ha tocado escuchar en los pasillos de más de un avión u hotel provocan náuseas y un gran rechazo de nuestros vecinos. Para que Ud. lo sepa, a ojos de un centroamericano, la prepotencia chilena es indistinguible de la de un bonaerense porteño de esos bien chanta. Por ello, un poco más de humildad y austeridad en nuestras relaciones cotidianas de convivencia nos haría muy bien.

Una última sugerencia: reforcemos sustantivamente la política exterior y las actividades de cooperación científica, cultural, económica y comercial respecto a la región. Ojalá haya miles de latinoamericanos estudiando en Chile, miles de chilenos cooperando de diversas maneras con nuestros vecinos. Cuesta poca plata y en el largo plazo va a rendir mucho... en primer lugar por la reducción de nuestros gastos militares. Vamos a seguir viviendo en el barrio para siempre, la señora siútica no se va a poder mudar.